

# DON FAUSTO

AÑO I. - Núm. 1.

Santiago de Chile, 27 de agosto de 1924.

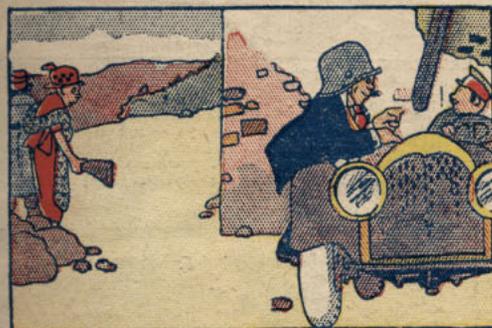
PRECIO: 30 centavos.



La Crisanta y su marido van a Francia, satisfechos, y un "poilu" enternecido, de la guerra les cuenta hechos.



Y con perfección explica el británico mosquito, mientras Fausto bien se aplica un hermoso sombrerete.



¡Y qué piensa el muy bandido! Pues, fugarse hasta París, solo, alegre y escondido y ser libre y ser feliz!



Mas Crisanta no se engaña, no la engaña el muy tunante. Lo sorprende, y con gran saña le da un palo horribilante!



Y su cólera terrible sufrir debe el desdichado, que sobando lo sensible, así exclama: "¡desfondado!"



Mas, se obstina el muy malvado, mira un tanque, y dice: "¡Vamos, esto al menos es blindado, y con esto nos fugamos!"



¡Qué suceso más bizarro! ¡Oh, qué bétlica sorpresa! La Crisanta ve en el carro de don Fausto la cabeza



Y una idea luminosa tiene entonces. Heia aquí! Se va en otro presurosa. Fausto, amigo! ¡Ay de ti!

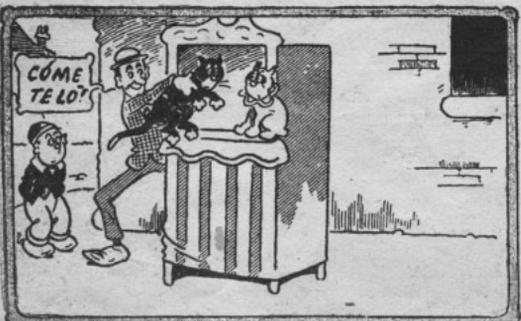
# EL AMBICIOSO CASTIGADO



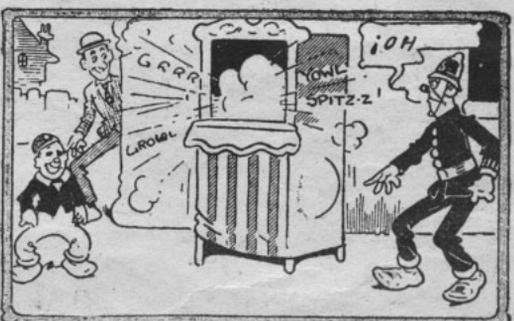
1. —¡Fuera de aquí con tu serenata, intruso mosco!, gritó al Tallarín el viejo y egoísta Polichinela. ¡No puedes venir a establecerte en este sitio! ¡Yo soy el único autorizado para dar funciones con mi pequeño Guignol! Y terminó sus furibundas imprecaciones dándole a Tallarín un tremendo puñetazo en la espalda.



2. —Ahora que despejé el campo, dijo el viejo Polichinela, vamos a reanudar la función. ¡Oh, la bella y divertida comedia que haré representar a mis muñecos y a mi notable perro Payaso! En tanto, Tallarín, diviso a un gato que roncaba echado perezosamente sobre un cajón, pensó para sí: ¡Oh, aquí está mi desquite...



3. ...yo le enseñaré buenas maneras a ese viejo cara de mico. Y tomando cariñosamente al minino, lo puso frente a frente al Payaso. Miradas furibundas de los dos animalitos, unos cuantos finteos rápidos del gato, y en seguida, ¡pif! ¡pat! ¡pum! ¡pim! ¡guau! ¡guau! ¡miau! ¡miauuuuu, el más espantoso tole-tole...



4. ...cayó dentro del Guignol sobre la cabeza del viejo judío de Polichinela. El socarrón de Tallarín gozaba a sus anchas adivinando el espectáculo que se desarrollaba en el interior de la caseta. El match debía ser de lo más rido. Un guardián que llegó atraído por tan singular estrépito, y por los gritos de socorro del viejo, no atinaba a explicarse la causa del fenómeno.



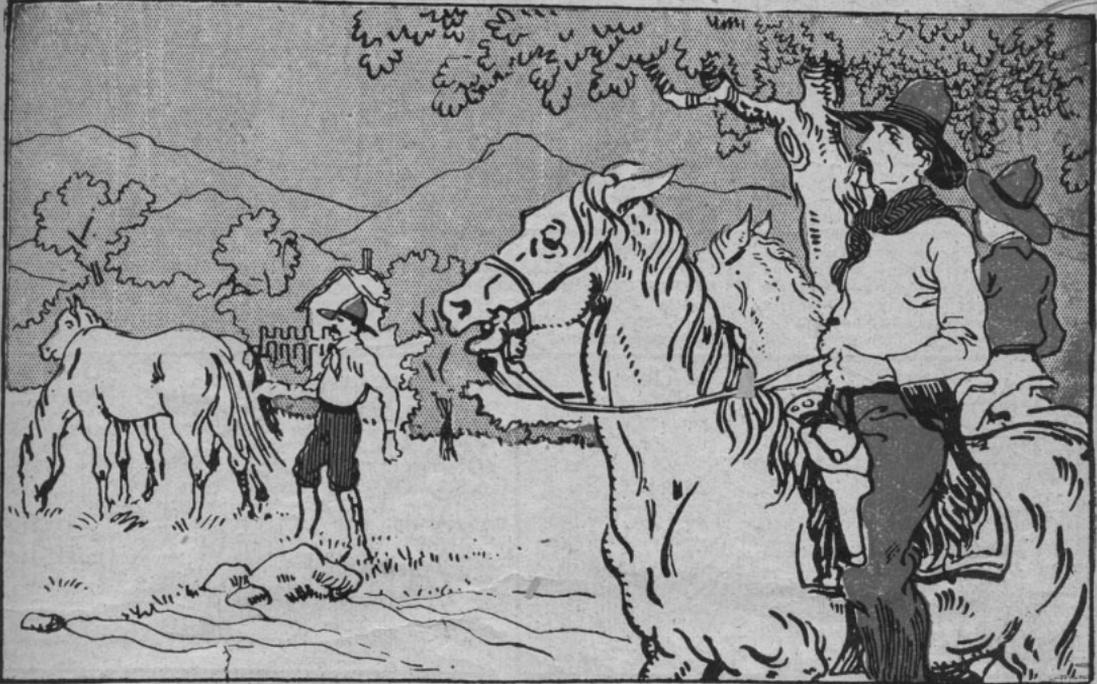
5. Por fin el perro Payaso se impuso sobre su contendidor y el gato salió disparado como una bala por el escenario del Guignol, clavando, de paso, sus aceradas garras en la testa del polizonte. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!, cómo reía Tallarín. Polichinela creyó que el mundo había estallado sobre él... La caseta se fué al suelo...



6. ...y el viejo vino a sacar el resueno por la rotura de una de sus paredes. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!, ¡qué bromazo! Era de ver la carita del vejete cuando el guardián, hecho una furia, le notificó en el acto la suspensión del permiso y el pago de una fuerte multa por desacato a la autoridad y formar desórdenes en la vía pública.

# EL BUSCADOR DE ORO

Novela de aventuras.  
PARTE I



Guiado por el propósito de hacer fortuna en la crianza de ganado, establecióse Santiago García en las llanuras sin límites de un país del norte de nuestra América...



...pero como disponía de muy poco dinero, sólo pudo arrendar una pequeña posesión.



Lo ayudaba en sus tareas del fundo, Magdalena, su mujer...



...y Mauricio, hijo de ambos, de edad de ocho años.



Con el tiempo, el fundo convirtióse en una gran hacienda. El ganado se multiplicó.



Santiago y su mujer eran felices. Mauricio, ahora un robusto muchacho, cuidaba de los intereses de sus padres.



Montaba como el más consumado jinete y gustaba lanzarse a todo galope por la pradera.



Cholito, su caballo preferido, era un hermoso media sangre, inteligente y fogoso. Sólo Mauricio cuidaba de él.



El muchacho era también cazador intrépido. Rara vez erraba el tiro y a menudo solía volver bien provisto de sus excursiones de caza.



Todo respiraba dicha en aquella hacienda, cuando de pronto, un día, terrible epidemia abatió los ganados de Santiago. Los animales morían por miles.



Fué la ruina de los desgraciados colonos, ruina total y tanto más funesta e irreparable, cuanto que era imposible volver a comenzar.



Santiago despidió su personal de servidores y decidió partir a tierras lejanas en busca de oro.



Mauricio, ahora de quince años, quedaría al lado de su madre, para cuidar de ella y del hogar.



Al día siguiente, García partió a la montaña, prometiendo enviar noticias de él por cada correo.



Después de quince días de viaje a través de las praderas, llegó al pie de la Cordillera de los Andes. Junto a los primeros contrafuertes encontró campamentos de mineros, individuos...



...que le miraron con malos ojos, al ver en él un nuevo competidor. La mayor parte de los buscadores de oro son aventureros sin escrúpulos, que no titubean en asesinar al camarada que ha descubierto un filón.

(CONTINUARA EN EL PROXIMO NUMERO LA SEGUNDA PARTE)

*"Don Fausto" saluda cariñosamente al público infantil y a su colega "El Peneca", en cuya honrosa compañía hará desde hoy las delicias de todos los niños que serán sus lectores.*

# LA ALEGRÍA DE LOS NIÑOS

POR LAS PLAZAS DE JUEGOS INFANTILES



En vez de jugar, repasa el OJO—  
OJ—OJO, ¿Será cierto, o lo hará sólo  
para que la crean estudiosa?

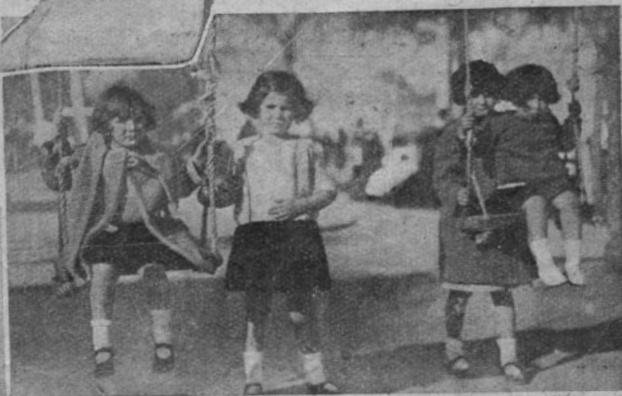


¡Este ha nacido para Mi-  
nistro de Estado! Ved qué  
gestecito de hombre preo-  
cupado por graves pensa-  
mientos...



Por lo bajito  
sonríe la picara...  
¡Del placer con  
que apaga la sed  
o de la diablura  
próxima!

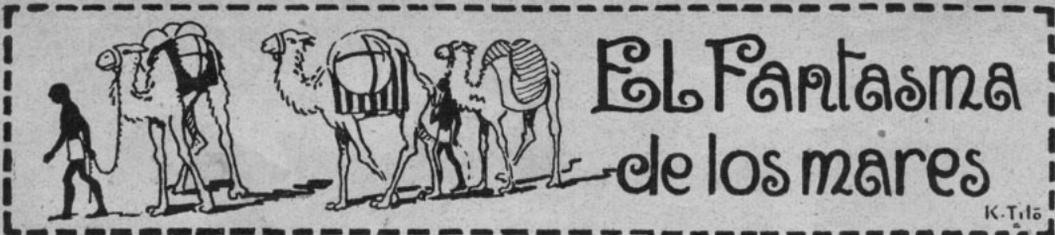
Los amigos de  
las emociones  
fuertes... De se-  
guro que no te-  
men mucho a la  
reprimenda del pa-  
pá por las malas  
notas de la sema-  
na...



¡El aéreo y alegre columpio!  
El juego que más conviene a una  
generación que en un futuro pró-  
ximo hará sus visiteos en aéro-  
plano.

Al revés de Quevedo, suben y  
bajan; pero están quedos... el  
momento que dura la pose...





# El Fantasma de los mares

K. T. I.

Una vez iba una gran caravana por el desierto. En la inmensa llanura, en la que sólo arena y cielo se divisa, ofanse desde muy lejos las esquilas de los camellos y los cascabeles de plata de los caballos; una espesa nube de polvo, que los precedía, anunciaba su proximidad, y cuando una ráfaga de viento disipaba el polvo, el brillo de las armas y de los deslumbrantes atavíos cegaba la vista.

Tras mucho andar, finalmente llegó la caravana al sitio en que había de hacer el alto de mediodía. El guía colocó a sus gentes de guardia. Treinta camellos, muy cargados, aparecieron conducidos por gentes en armas. Detrás venían los cinco comerciantes que componían la caravana, sobre hermosos caballos. Eran en su mayoría hombres de edad avanzada, serios y graves de aspecto; sólo uno parecía más joven que los otros y más alegre y vivo. Cerraba la caravana gran número de camellos y bestias de carga.

Habíanse plantado tiendas de campaña, y en derredor de ellas colocáronse caballos y camellos. En el centro alzábase una gran tienda de seda azul. A ella condujo el guía a los cinco comerciantes, los cuales, sentándose en banquetas recamadas de oro, mientras esclavos negros les servían viandas y bebidas, permanecieron largo rato en silencio, contemplando las volutas de humo, que formaban anillos y se alargaban en el espacio hasta desaparecer por completo. El mercader joven rompió por fin el silencio:

—Hace días — dijo — que estamos a caballo y en la mesa sin nada que nos haga distraer el tiempo. Yo me aburro de un modo espantoso, pues tengo la costumbre de ver bailar después de comer o de oír música. ¿No se os ocurre nada, amigos míos, para distraernos?

Los cuatro comerciantes viejos siguieron fumando, y quedáronse aún más serios y pensativos. Entonces el más joven dijo:

—Si me lo permitís, os haré una proposición. Se me ocurre que, en cada alto, uno de nosotros cuente algo a los demás. Así, el tiempo se nos hará menos largo.

—Selim Baruch, has hablado como un sabio — dijo Achmed, el más viejo de los mercaderes; — aceptamos tu proposición.

—Mucho me alegro de que aceptéis mi idea — dijo Selim, — y para que os convenzáis de mi buena fe, empezaré yo.

Muy contentos, estrecharon el círculo los comerciantes. Los esclavos llenaron de nuevo las copas, atacaron las pipas y trajeron ascuas para encenderlas. Selim aclaró su voz con un trago de refresco, se limpió la barba y dijo:

—Vais a oír la historia del **Fantasma de los Mares**.

Mi padre tenía una tiendecita en Balsora. Ni pobre ni rico, era una de esas personas que no se atreven a nada por temor de perder lo poco que poseen. Me educó sencillamente y bien, y tanto adelanté, que pronto estuve en condiciones de ayudarle. Justamente cuando yo cumplí diez y ocho años y él se arriesgó en la primera especulación importante, murió, quizá de pena por haber corriaado al mar mil monedas de oro. Poco después tuve casi que alabarle por su muerte, pues a las pocas semanas de ocurrida, llegó la noticia de que el barco en que mi padre puso su dinero había zozobrado. Esta desgracia no pudo abatir mi ánimo juvenil. Hice dinero todo lo que mi padre dejó y decidí marchar al extranjero a probar fortuna, acompañado tan sólo por un antiguo criado de mi casa, muy adicto a mí, y que quiso correr la misma suerte que yo.

Salimos del puerto de Balsora con viento propicio. El barco en que yo me alisté iba con dirección a las Indias. Llevábamos ya quince días navegando, cuando el capitán nos anunció una tormenta. Puso muy mal gesto, pues, al parecer, no conocía bien las rutas en aque-

llos parajes para poder afrontar tranquilamente una tormenta. Mandó recoger las velas, y seguimos muy despacio. La noche empezó clara y estrellada, y el capitán no tardó en pensar que quizá fueran infundados sus temores de tormenta. De repente, un barco que no habíamos visto hasta entonces, apareció junto a nuestro. De su cubierta salían gritos salvajes de alegría y un alboroto tal, que me maravilló no poco en aquellos angustiosos instantes de temor a una tempestad. El capitán, que estaba junto a mí, se puso pálido y exclamó: "¡Mi barco está perdido; ahí va la muerte!" Antes que pudiera dirigirle pregunta alguna para aclarar aquella extraña exclamación, los marineros aparecieron gritando: "¿Le habéis visto? ¡No hay salvación para nosotros!"

El capitán mandó leer la siguiente versículos



La noche empezó clara y estrellada; de repente, un barco que no habíamos visto hasta entonces, apareció junto a nuestro...

del Corán y cogió él mismo el timón. ¡Todo inútil! La tormenta estalló violentamente, y artes de una hora el barco se rompió y quedó inmóvil. Se botaron las lanchas y apenas lo abandonaron los marineros, el barco se hundió, ante nuestra vista, y yo me encontré en el mar sin nada en el mundo. Los lamentos no acababan. La tormenta seguía en su apogeo; no podían gobernarse las lanchas. Yo tenía asido con fuerza a mi anciano criado, y nos prometimos no separarnos por nada. Por fin amaneció. Pero al apuntar el día el viento sacudió el boté en que estábamos y lo volcó. Yo no ví más a ninguno de los individuos que iban con nosotros. El vuelco me hizo perder el conocimiento, y cuando lo recobré me encontré en los brazos de mi fiel criado, que se había salvado en la lancha que zozobrara, arrastrándome consigo. La tormenta se había calmado. No había ni señales de nuestro barco, pero pronto divisamos otro hacia el que nos empujaban las olas. Cuando llegamos junto a él, reconocí en aquel buque el mismo que navegaba a nuestro lado por la noche y que de modo tan extraño despertó los temores del capitán. No pude menos de sentir cierto horror hacia aquel barco. La expresión de espanto del capitán, el aspecto raro de la embarcación, en la cual no veíamos a nadie por más que gritábamos al acercarnos, me asustó. Pero como era el único medio de salvación que teníamos, aun dimos gracias al Profeta por habernos salvado tan milagrosamente.

De la proa del barco coigaba una larga cuerda. Nadamos con fuerte empuje de pies y brazos para llegar hasta ella y cogerla, y, por fin, lo conseguimos. Grité con todas mis fuerzas, pero en el barco reinaba la más completa tranquilidad. Trepamos por la cuerda; yo, como más joven, delante. ¡Qué horror! ¡Qué espectáculo se presentó ante mi vista al pisar la cubierta! El suelo estaba lleno de sangre unos veinte o treinta cadáveres, con vestiduras turcas, yacían en él, y junto al palo mayor se veía un hombre ricamente vestido con el sable en la mano; su rostro estaba pálido y descompuesto; la frente, atravesada por un gran clavo que le hacía estar colgado del mástil. El terror me dejó inmóvil; apenas me atrevía a respirar. Mi compañero llegó por fin junto a mí. También él quedó aterrado ante aquella cubierta donde no había nada vivo, sino sólo espantosos cadáveres. Después de pedir con el alma al Profeta que no nos abandonara, nos atrevimos a seguir adelante. A cada paso mirábamos por sí se nos aparecía algo nuevo o más horrible aún. Pero todo continuó igual. Nada vimos más que nosotros y el inmenso mar. No osábamos hablar por miedo a que el capitán, clavado en el mástil, volviera sus ojos hacia nosotros, o cualquiera de los muertos moviera la cabeza. Por fin llegamos a la escalera que conducía al interior del barco. Involuntariamente nos detuvimos allí y nos miramos, sin atrevernos a exteriorizar nuestro pensamiento.

—Señor — dijo mi fiel criado, — aquí ha ocurrido algo horrible. Pero aun cuando el barco por dentro esté lleno de asesinos, prefiero exponerme a su furia que permanecer más tiempo entre estos muertos.

Yo pensaba lo mismo; hicimos, pues, un esfuerzo, y descendimos llenos de esperanza. Allí también reinaba silencio de muerte, y nuestros pasos resonaban en la escalera. Estábamos a la puerta de la cámara. Apliqué el oído y escuché; no se oía nada. Abrí. El recinto presentaba un aspecto desastroso. Vestiduras, armas y otros objetos estaban esparcidos por el suelo en completo desorden. La tripulación, o a lo menos el capitán, debía haber estado



...unos cadáveres con vestimenta turca yacían en cubierta, y junto al palo mayor se veía un hombre ricamente vestido, con el sable en la mano...

jándolos por la borda. Pero, ¿cuál no sería nuestro terror al ver que no podíamos mover ninguno de su sitio? Estaban en el suelo como clavados en él; hubiéramos tenido que levantar las planchas de la cubierta para que desaparesciera, y no teníamos herramientas para tal obra. Tampoco logramos arrancar del mástil al capitán; es más, ni siquiera le pudimos quitar el sable de su mano crispada. Pasamos el día reflexionando sobre nuestra triste situación, y cuando llegó la noche permití al viejo Ibrahim que se fuera a dormir, quedándome yo a velar sobre cubierta por si veía algún medio de salvación. Pero cuando salió la luna, y por la marcha de las estrellas pude calcular que serían las once, se apoderó de mí un sueño tan invencible que, sin poder evitarlo, me caí detrás de un tonel que estaba en la cubierta. Aquello más que sueño era atontamiento, pues oía perfectamente cómo el mar azotaba las bandas del barco y cómo rechinaban y silbaban las velas con el viento. Quise levantarme para observar, pero mis miembros estaban como atenazados por una fuerza invisible, y no pude ni abrir los ojos. Cada vez oía más distintamente las voces; me parecía que la cubierta estaba ocupada por una tripulación alegre, entre la que percibía una voz potente dando órdenes y ruido de cuerdas y velas subiendo y bajando. Poco a poco mis sentidos fueron debilitándose, y caí en un profundo sueño, en el que seguí oyendo un ruido de armas, y del que no desperté hasta que el sol estaba ya muy alto y me daba en la cara. Admirado, eché una ojeada en derredor mío; la tormenta, el barco, los muertos y lo que oyerá durante la noche me parecía un sueño; pero al fijarme hallé todo como el día anterior. Allí estaban los muertos inmóviles, inmóvil el capitán amarrado al mástil. Me eché a reír pensando en mi sueño y me levanté para ir a buscar a mi buen viejo: Este estaba en la cámara pensativo.

—¡Oh, señor! — exclamó al verme aparecer. — Preferiría estar en el fondo del mar, que pasar una noche más en este maldito barco.

Preguntéle la causa de su preocupación, y él me respondió:

—Cuando apenas llevaba dormido unos minutos, me desperté, pareciéndome que andaban encima de mí. Pensé primero que serías vos; pero eran lo menos veinte los que corrían, y al tiempo oí que llamaban y gritaban. Luego sentí unos pasos pesados por la escalera. Ya no sé lo que fué de mí, pues únicamente de cuando en cuando recobraba el sentido un momento y veía al mismo individuo que está clavado al mástil sentado delante de aquella mesa, cantando y bebiendo, y al otro, el del traje escarlata que yace en el suelo no lejos de él, sentado también y sirviéndole de beber.

Esto me contó mi viejo criado. Podéis creer, amigos míos, que aquello no me dió ningún ánimo, pues ya no cabía duda de que lo que yo oyerá fueron los muertos. Nave-

bebiendo hacía poco, pues todo lo indicaba. Fuimos de cámara en cámara, de rincón en rincón; por todas partes encontramos grandes cantidades de seda perlas, azúcar, etc., etc. Aquello me puso fuera de mí de alegría, pues como en el barco no había nadie, creía poder apoderarme de todo; pero Ibrahim me hizo observar que probablemente estábamos muy lejos de tierra, y que no podríamos llegar a ella sin ayuda.

Nos aprovechamos de los manjares y bebidas, que encontramos en abundancia, y volvimos sobre cubierta. Pero allí seguíamos teniendo carne de gallina a la vista de los cadáveres. Decidimos librarlos de ellos arro-

jándolos por la borda. Pero, ¿cuál no sería nuestro terror al ver que no podíamos mover ninguno de su sitio? Estaban en el suelo como clavados en él; hubiéramos tenido que levantar las planchas de la cubierta para que desaparesciera, y no teníamos herramientas para tal obra. Tampoco logramos arrancar del mástil al capitán; es más, ni siquiera le pudimos quitar el sable de su mano crispada. Pasamos el día reflexionando sobre nuestra triste situación, y cuando llegó la noche permití al viejo Ibrahim que se fuera a dormir, quedándome yo a velar sobre cubierta por si veía algún medio de salvación. Pero cuando salió la luna, y por la marcha de las estrellas pude calcular que serían las once, se apoderó de mí un sueño tan invencible que, sin poder evitarlo, me caí detrás de un tonel que estaba en la cubierta. Aquello más que sueño era atontamiento, pues oía perfectamente cómo el mar azotaba las bandas del barco y cómo rechinaban y silbaban las velas con el viento. Quise levantarme para observar, pero mis miembros estaban como atenazados por una fuerza invisible, y no pude ni abrir los ojos. Cada vez oía más distintamente las voces; me parecía que la cubierta estaba ocupada por una tripulación alegre, entre la que percibía una voz potente dando órdenes y ruido de cuerdas y velas subiendo y bajando. Poco a poco mis sentidos fueron debilitándose, y caí en un profundo sueño, en el que seguí oyendo un ruido de armas, y del que no desperté hasta que el sol estaba ya muy alto y me daba en la cara. Admirado, eché una ojeada en derredor mío; la tormenta, el barco, los muertos y lo que oyerá durante la noche me parecía un sueño; pero al fijarme hallé todo como el día anterior. Allí estaban los muertos inmóviles, inmóvil el capitán amarrado al mástil. Me eché a reír pensando en mi sueño y me levanté para ir a buscar a mi buen viejo: Este estaba en la cámara pensativo.

—¡Oh, señor! — exclamó al verme aparecer. — Preferiría estar en el fondo del mar, que pasar una noche más en este maldito barco.

Preguntéle la causa de su preocupación, y él me respondió:

—Cuando apenas llevaba dormido unos minutos, me desperté, pareciéndome que andaban encima de mí. Pensé primero que serías vos; pero eran lo menos veinte los que corrían, y al tiempo oí que llamaban y gritaban. Luego sentí unos pasos pesados por la escalera. Ya no sé lo que fué de mí, pues únicamente de cuando en cuando recobraba el sentido un momento y veía al mismo individuo que está clavado al mástil sentado delante de aquella mesa, cantando y bebiendo, y al otro, el del traje escarlata que yace en el suelo no lejos de él, sentado también y sirviéndole de beber.

Esto me contó mi viejo criado. Podéis creer, amigos míos, que aquello no me dió ningún ánimo, pues ya no cabía duda de que lo que yo oyerá fueron los muertos. Nave-

gar en tal compañía era espantoso. Ibrahím volvió a quedar sumido en profunda meditación. — ¡Ya lo tengo! — exclamó al fin. Es que recordaba un pasaje que le enseñara su abuelo, un hombre de mucha experiencia en viajes y que servía contra los espíritus y los encantamientos. También fué de opinión que a la noche siguiente procurásemos alejar el sueño que nos dominara, rezando con mucho fervor algunos versículos del Corán. La proposición del buen viejo me agradó mucho. Espera-

mos la noche con verdadera inquietud. Junto a la cámara había un cuartito pequeño, en el que decidimos escondernos. Abrimos algunos agujeros en la puerta, suficientemente grandes para ver toda la cámara; después cerramos la puerta por dentro lo mejor que pudimos, e Ibrahím escribió el nombre del Profeta en los cuatro rincones. Así aguardamos la noche terrible.

(CONCLUIRA EN EL PROXIMO NUMERO)



NO HAGAS MAL QUE ESPERES BIEN...



El pobre Macaquito pasaba las de San Clemente con el bromista Pelicano, que no desperdiciaba ocasión para darle tremendos picotazos en su largo apéndice. Estas jugarretas, muy del gusto del Pelicano...



...pero demasiado incómodas para Macaquito, inspiraron por fin a éste salvadora idea. Cogiendo el espejo con que su abuelo acostumbraba afeitarse...



...lo colocó, hábilmente disimulado, entre la hierba del prado, y entonces, ocultándose estratégicamente...



...al pie de un árbol, esperó. No tardó en llegar el Pelicano, el cual, al ver reflejarse los rayos del sol en el espejo, creyó en una limpida poza de agua y, lleno de regocijo, se aprestó a darse un baño.



...lanzándose de cabeza. El picotazo fué soberbio... y el resultado, desastroso, como ustedes pueden ver.



Y entonces fué Macaquito quien rió a más y mejor, viendo a su pícaro perseguidor rendido y sin armas.

UN DESLIZADOR DE PAPEL

Tómese un trozo de papel de 20 centímetros de largo por quince de ancho y dóblese en dos mitades por el centro, de diez centímetros de lado. Córtese luego de acuerdo con el diagrama número 1 de nuestra ilustración.

Abrase el deslizador y dóblese el extremo delantero tres veces, de manera que cada vuelta tenga más o menos un centímetro. Esto hará que



lo. El juguete se el suelo.

la parte delantera resulte más pesada. El deslizador funcionará mejor si se redondean las esquinas donde se han hecho los dobleces.

Luego párese en puntas de pie, sosteniendo el deslizador por la punta de la cola, dejándolo suelto repentinamente, pero teniendo cuidado de no empujar.

deslizará suavemente hacia

# LAS HAZAÑAS DE POCHITO



Gran programa, co-  
[losal!  
va Pochito al Strong-  
[man.



Y no peca de pe-  
[reza,  
aplaudiendo esta  
[destreza.



Cuanto antes se mar-  
[cha a casa  
a repetirla sin tasa.



Baja docenas de pla-  
[tos  
para hacer los ga-  
[rabatos.



Ya, Pirulo. ¡Dios  
[lo asista!  
evoca al malaba-  
[rista.



Y es de mirar a esa  
[ardilla  
lanzando así la va-  
[jilla...



...que en su regreso  
[evidente  
tal abolla al impru-  
[dente



Con un chichón en la  
[erisma  
negra reflexión lo  
[abisma.



Pero ese enorme desastre  
hay que barrerlo con arte.



Y con espíritu entero  
arrojarlo al basurero.



Ahora a la tarea  
[dada  
¡y aquí no ha pa-  
[sado nada!!...



# LA VUELTA AL MUNDO DE DOS PILLETES

Con nuestro primer número iniciamos la publicación de esta prodigiosa narración pintoresca, plena de observación y de verdad, y de un carácter altamente educador e instructivo. Esta novela de aventuras cuyo emocionante interés no decae un solo instante, permitirá a los lectores hacer, con los dos pilletes, un viaje alrededor del mundo, pero un viaje el más maravilloso de cuantos hayan podido soñar.

## PRIMERA PARTE

### De Suresnes al Estrecho de Behring

I

#### EL CIRCO MALANDRIN

Puestos y barracas ocupan completamente la gran plaza de la coquetona villa de Suresnes.

De los pesados carros de las colecciones zoológicas salen fieros rugidos, que se confunden con el murmullo de la muchedumbre. Acompañados martillazos sobre planchas de hierro o vigas de madera, con que se están formando nuevas barracas; el monótono rodar de una ruleta; el silbido de un pillete; el pregón de una vendedora... Estamos en plena feria, la feria de junio.

Aquí y allá, por todas partes, grupos de transeúntes que, embobados, admiran decorados chillones, adornos de mal gusto y carteles pintarrajeados, en los que se ven mujeres de una gordura descomunal, enanos ridículos, acróbatas y clowns en posturas inexplicables.

En medio de la plaza, algunos hombres, que parecen cansados, terminan la instalación de un circo gigantesco.

Nervioso e impaciente por la poca actividad, sin duda, de los que trabajan, va de un lado a otro un sujeto de color cetrino, que cubre su cuerpo con un traje de pana negra y su cabeza con un sombrero de fieltro gris.

Es Joaquín Malandrín, director del circo, "único — según afirman grandes carteles, — que ha tenido el honor de dar representaciones ante el Zar de todas las Rusias y Su Alteza Serenísima, el príncipe de Mónaco".

Esas antiguas grandezas del circo Malandrín no están muy en armonía con el lamentable aspecto del vestuario; sin duda, las últimas campañas no han debido ser muy brillantes.

Se adivina la miseria bajo aquel lujo de aparato. El decorado maltrecho; los colores apagados del terciopelo de los adornos; la vetustez evidente de las telas y de los bancos, todo ello, en una palabra, está pregonando a gritos la aflictiva situación por que atraviesa el circo Malandrín.

Y esta suposición la confirman los rostros pálidos y exangües de los artistas y el aspecto desconsolador de los caballos, que más parecen de plaza de toros que de circo.

"Donde no hay harina, todo es mohina" y en el circo Malandrín todos hablan en tono áspero y malhumorado, y si el señor Joaquín no deja escapar su cólera y se esfuerza en aparecer sereno ante la lentitud y mala gana con que los demás continúan su tarea, es porque comprende que bastaría una palabra más alta que otra para que estallara la huelga que tanto temor le produce.

La situación no puede ser más crítica; la caja del circo está vacía y es necesario que los que ahora hacen de carpinteros y albañiles, vuelvan cuando antes a sus faenas acrobáticas.

Pero, albañiles y carpinteros por no haber otros, se aprovechan de las circunstancias y ejecutan su labor con una cachaza aplastadora, que acusa claramente la mala voluntad que los anima: emplean diez minutos, cuando menos, en clavar un clavo o fijar una argolla.

—¡Anda, amigo Sirocco!— dice Malandrín, fingiendo afabilidad, a un esqueleto vivo que perzosamente se arrastra en lo más alto del tablado.—¡Anda, coloca de prisa esa tela, que se nos va a echar encima la noche!

El interpelado se queda mirando fijamente al señor Joaquín, y con acento entre socarrón y resignado, le replica:

—Bueno; y, ¿cuándo se come?

Y al hacer esta pregunta, se pasa repetidas veces una mano por la boca abierta, mientras agita sus largas piernas de canchurú.

—En seguida.





Sirocco no insiste, pero se sienta tranquilamente y sonrío con una flemma desesperante.

El señor Joaquín, ante tal actitud, monta en cólera, se echa rabiosamente el sombrero hacia atrás y grita furioso:

—¡Vamos a ver, Sirocco! ¡A trabajar! Y tú, Mistral, termina pronto. Date prisa en ayudar a tu camarada Jolibois. Y Francinet. ¿Dónde está ese granuja? ¡Francinet, Francinet!...

—¡Allá voy, señor Joaquín!—responde una voz alegre.

Y un chico de unos quince años, moreno, robusto, con grandes ojos negros muy brillantes, aparece contoneándose, cargado de botellas y comestibles.

Entre el personal del circo resuena un prolongado grito de entusiasmo. El mismo Malandrin no puede contener una exclamación de sorpresa.

—¿Dónde has robado eso?—pregunta al chico.

—¿Cómo?—replica éste, irguiéndose cómicamente ante su amo.—¿Por quién me ha tomado usted? ¡A mí no se me llama ladrón! Si no...

—Si no, ¿qué?—interrumpe amenazador Malandrin.

—Si no, lo dejo caer todo al suelo y... ¡se acabó el banquete!

—¡¡Nooo!!—gritan desesperadamente los demás.—¡¡Eso no, Francinet!!

—Sin embargo—insiste el señor Joaquín,—tengo derecho a saber de dónde has sacado esas provisiones. ¿Es que tienes ahorros?

Francinet contesta con una carcajada estrepitosa. Y, dirigiéndose a los demás, añade:

—¡Ahorros! No sé cómo querrá que tenga ahorros. Si los hubiese tenido que hacer del sueldo que he cobrado en los diez y seis meses que hace que tengo el honor de estar a su servicio, ¡cómo no tuviera ahorros de puntapiés y bofetones!...

—¿Hablarás de una vez, pillete? ¿Quieres decirme, al fin, de dónde has sacado esos comestibles?

—Señor Joaquín... para algo ha de haber nacido uno en París. Los chicos de París somos como los gorriones, habiendo trigo en alguna parte, no nos quedamos sin comer.

Hizo una breve pausa y, mientras iba dejando cuidadosamente en el suelo cuanto traía, siguió diciendo:

—El trabajo no adelanta mucho, y demasiado sabe usted por qué. Ayer, en el camino de San Germán, para desayunarnos, tomamos... el sol, señor Joaquín. Y usted comprenderá que eso calienta el cuerpo, pero no llena el estómago. Entonces dije para mi colete: es necesario encontrar un alimento más nutritivo. El patrón me reembolsará mañana, después de la representación. En consecuencia, mientras ustedes se afanaban en levantar el gigantesco armatoste de madera y telas, abrí el cofre de los trajes, me puse el mío, color de rosa, que es el menos vistoso y tiene ya la espalda llena de remiendos; encima me eché este vestido y me fuí a la ciu-

dad. Delante de los cafés he hecho equilibrios y triples saltos mortales. ¡Es admirable el talento que poseo para los negocios! Al público, por lo visto, no le ha parecido del todo mal y, en menos de dos horas, ¡doce pesos! Si hubiera trabajado una hora más, me habría traído veinte o veinticinco, seguramente. ¿Qué tiene que objetar a todo esto el señor Joaquín? Y Francinet terminó su monólogo marcando una postura de baile.

—Así soy yo. Ahora, patrón, a la mesa. Cuando haya usted paladeado mi vino y probado mi jamón, podrá usted regañarme todo lo que guste. Pero, antes, comamos, que buena falta nos hace. Además, los negocios deben tratarse con el estómago lleno.

Malandrin no pudo contener una sonrisa.

—Eres un buen muchacho—exclamó luego, dirigiéndose a Francinet,—y se te puede perdonar el que seas testarudo como una mula. ¡Anda, ve a llevar tus provisiones a Palmira! Y vosotros—añadió, dirigiéndose a los trabajadores del circo,—a comer; vamos a reconfortarnos un poco para tomar ánimos.

Tres grandes mocetones, parecidos a otros tantos orangutanes, deslizaron a lo largo de las escalas, y dando gritos de alegría, echaron a correr, con grotescas contorsiones de clowns, hacia una barraca pintada de amarillo, en donde aguardaba la señora Palmira, digna esposa de Joaquín Malandrin.

Iba el último el señor Joaquín y, cuando le faltaban pocos pasos para llegar a la barraca, sintió un golpe en un hombro. Volvióse rápidamente y se encontró frente a un sujeto vestido con un largo abrigo de color claro. El rostro del recién llegado desaparecía casi por completo bajo la amplia visera de una gorra de lana gris.

Dando la mano a aquel hombre venía un niño de unos doce años, rubio, simpático, de aspecto distinguido y que, asombrado, fijaba sus grandes ojos en cuanto veía a su alrededor.

—¡Gregorio!—murmuró Malandrin, retrocediendo algunos pasos.

—El mismo—le contestó nuestro nuevo personaje.—No esperabas encontrarme otra vez, ¿verdad?

Y, después de una breve pausa, añadió:

—Diríase que no te agrada mucho mi visita.

—Al contrario; solamente que...

—Sí, sí, comprendo; pero no gastemos tiempo en balde. Tenemos que hablar de algo que...

Y siguió en voz más baja:

—Es necesario que estemos solos. ¿Quién puede encargarse de este chico?

Malandrin gritó:

—¡Francinet, Francinet!

Y el joven parisiense se presentó acto seguido.

—Mira—le dijo el señor Joaquín—ese joven desea visitar nuestro establecimiento. Da una vuelta con él.

Francinet cogió del brazo al niño, y ambos se alejaron de los dos hombres.

(Continuará).



PIRULITA. LA PEQUEÑA PRODIGIO DEL CINEMA, EN

# ¡MIRENSE EN ESTE ESPEJO!



1.— ¡Pronto, Pirulita, díjole a la chica el tío Santiago, vete a comprarme un espejo para reemplazar este que acaba de romperse el minino! Toma cien pesos para uno bueno, y dos chauchas para carro. —Muy bien, tío, pronto estaré de vuelta, respondió Pirulita.



2. Y salió muy incesosa, encantada con su correcto traje de muchacho. Pero al pasar junto a una ventana, asomóse un antipático gordo, que arrebatando a Pirulita su bella corbata, se entró diciendo: —¡Una como ésta era justamente la que me hacía falta para completar mi traje dominguero!...



3. Pirulita se indignó. Pero fijándose de pronto en una tabla y un tarro de pintura que estaba cerca, cogió el pincel y esparció en la tabla un poco del negro contenido del tarro. Luego llamó a la ventana con su bastoncito. El gordo, que había estado contemplándose coquetamente...



4— ...frente a su espejo — un bello espejo por cierto — salió a abrir la ventana y dijo enojado: —¿Quién es? — Pero al asomar el hombre su enorme vientre, aprovechó Pirulita para estamparle en el chaleco blanco, sin que el otro lo advirtiera, la mancha del tablero.



5.— ¡Ah!, ¿eres tú, muchacho?, dijo el gordo. Y volvió a contemplarse en el espejo. Pero, ¡horror!, entonces el tonto de hombre, sin fijarse en que era su chaleco el manchado, creyó que el espejo estaba roto. —¡Oh, mi espejo!, ¿cómo se ha quebrado?, decía. Esto aprovechó Pirulita. —¡Señor, oiga!, dijo, le doy dos chauchas...



6.— ...por su espejo roto. Y entonces el gordo, creyendo hacer un brillante negocio al vender en lo que fuese un espejo quebrado, se lo cedió de buena gana a Pirulita. Y aquí tenemos a la dije chiquilla, dirigiéndose feliz a su casa, con un rico espejo y los cien pesos en su bolsillo. ¿Qué tal?

# Kaleidoscopio

POR EL MUNDO DE LAS CURIOSIDADES



**Ilusiones visuales.— El círculo que gira.**

Haciendo girar circuiarmente en su mismo, plano este dibujo y mirando un punto próximo a los círculos, se verá que éstos giran en sentido contrario.

Esta notable ilusión no ha sido todavía satisfactoriamente explicada. He

aquí, sin embargo, un ensayo de explicación fundada en lo común que es el defecto de la vista llamado **astigmatismo**; en virtud de ese defecto de la vista, ocurre que las porciones de circunferencia superiores e inferiores de los círculos, no se ven con igual nitidez que las porciones laterales, y al girar el papel, aquellas porciones más limpidas o más borrosas, conservando su posición con respecto a nuestro ojo, la habrán cambiado con respecto al papel, variando en consecuencia dotadas de un movimiento en sentido contrario al de la hoja de papel.

**El alto y el ancho**

La vista nos da una faisa idea de las dimensiones de un sombrero de copa.

Preguntémosnos qué dimensión predomina en él: ¿la altura o la anchura? Por atentamente que lo examinemos a la **simple vista** contestaremos siempre que la altura. Nos será necesario emplear el metro para convencer nos que predomina la anchura.

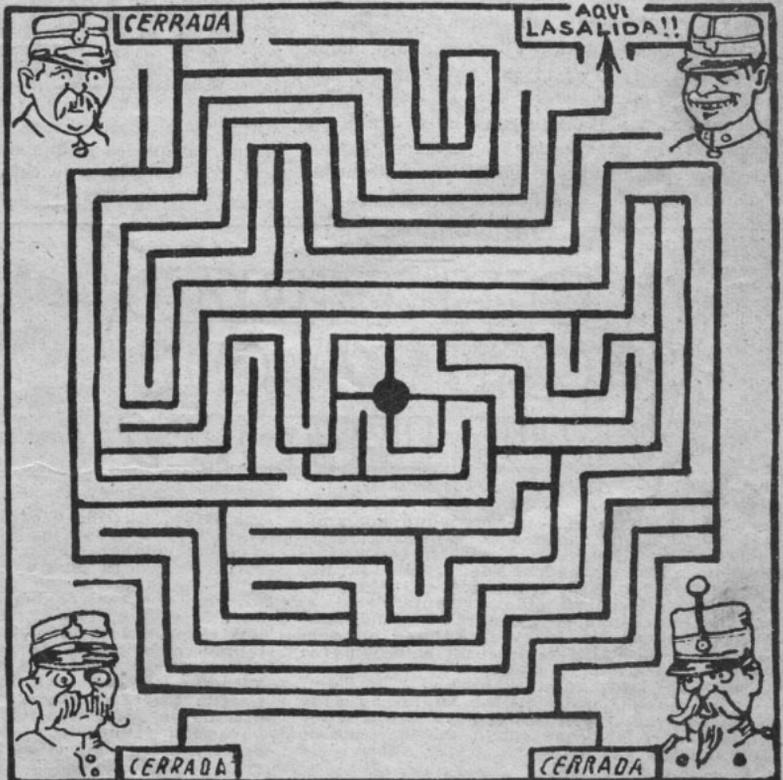
El que está representado en la figura parece desmesuradamente alto, y sin embargo, la distancia de un borde al otro de las alas, sobre el dibujo, es bastante mayor que la altura.



## EL LABERINTO

El dibujo representa un parque encerrado por altas murallas y las líneas negras figuran avenidas. En cada esquina del cuadrado hay una puerta, custodiada cada cual por un militar. Tres de los centinelas tienen cerradas sus respectivas puertas y no permiten la salida. Sólo uno de ellos es complaciente y tiene abierta la puerta. Se trata de escapar por ahí.

Para ello, tomen una lapicera, un lápiz o una aguja y con la punta partan del circuitito negro que está al centro del dibujo y sigan por la línea que a ustedes les parezca los ha de llevar a la salida, es decir, a la flecha. Si van a dar a las puertas cerradas o se encuentran con una línea interrumpida han perdido. Si llegan a la flecha, que indica la salida, han ganado. ¡E n'sayen ustedes!

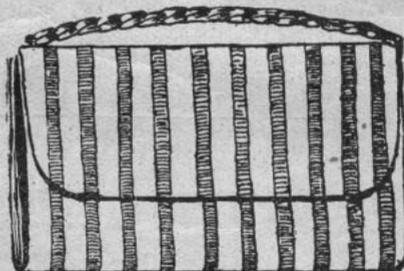
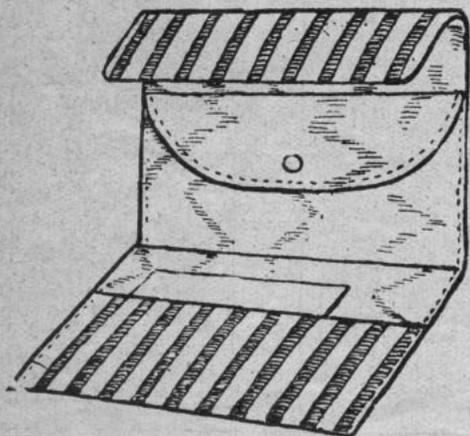


# La página de Doña Crisanta

Doña Crisanta no ha querido quedarse rezagada en la tarea que hoy emprende Don Fausto; como que, o muchos nos engañamos, o es ella la iniciadora de la idea de hacer trabajar a Don

var en cualquier circunstancia. En este orden de ideas, están para elegirlos, todos los tonos del café hasta el beige, y el gris topo hasta el gris perla; este último, excesivamente fácil de mancharse. También se puede emplear el azul marino o el rojo; en fin, a toda elección. Un tisú de dos tonos podría ser muy lindo. Todo puede ser utilizado dentro del buen gusto y la discreción. Tomen ustedes un trozo de tela de traje sastre y corten un rectángulo de 14 cm. de ancho por 34 de largo.

Doblen los ángulos de un lado, como indica el croquis. Fórmela con tela de fantasía o moaré de colores claros. Doblen los ángulos del otro extremo a una altura de seis centímetros. Tendrán ustedes así, un departamento para el pañuelo, los boletos del tranvía, etc. Para guardar las monedas confeccionarán otro pequeño bolsillito con el mismo género que servirá de



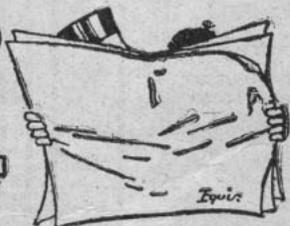
Fausto en divertir, entretener y enseñar a los niños. Ya sabemos que continuamente le está riñendo y aporreando por holgazán. Bueno, pues, entre aporreadura y aporreadura, doña Crisanta colabora. Ved lo que hoy ofrece a sus lectorcitos:

**Una cartera.** — He aquí una muy linda y práctica cartera que prestará a ustedes grandes servicios, y que resulta elegantísima. Mejor es confeccionarla en tonos neutros, fáciles de lle-

var a la cartera y lo follarán con una tela firme, porque es lo que usarán con más frecuencia. La cerradura de este bolsillito se hace con un broche de presión.



## DON FAUSTO CONVERSA CON SUS LECTORES



**Porteño.**—Valparaíso.— ¡Eso sí que no, amigo! La Crisanta no me prohibirá trabajar para los niños. Al contrario, será mi mejor colaboradora. En tratándose de los chiquillos, yo mando en mi casa. (¡Diablos! ¿Qué he dicho?... ¡Si me habrá oído Crisanta?...)

**Firulito.**—Santiago.— ¿Tendrá DON FAUSTO pasatiempos? Ya lo creo. Aunque en verdad, todo DON FAUSTO será un solo y agradable pasatiempo.

**Urraquita.**—Santiago.— ¡Saldrá el "Tío Tom" en DON FAUSTO? No, hijita. Yo no aguanto aquí a ese viejo feo que les pega tanto a los chiquillos. A mí no me gusta pegar, pues sé lo que duelen las palizas... (¡Si sabrá este niño!...)

A King, Marcelo Flores, Isabel Lazzo, A. Caldera T. y a todos los niños de quienes ya he recibido colaboraciones, les comunico que DON FAUSTO tendrá en números próximos una página destinada a los colaboradores; pero les advierto que seleccionaré las composiciones. Cariñosamente, eso sí, Emereo, pues.

**A todos los lectores.**—La correspondencia que tenga relación con las páginas de la revista, debe ser dirigida bajo sobre que diga: Señor Director de DON FAUSTO, Empresa "Zig-Zag", Casilla 84-D, Santiago; y la que se refiera a precios de suscripción, envío de ejemplares, etc., bajo sobre que diga: Revista DON FAUSTO, Sección Administración, Empresa "Zig-Zag, Casilla 84-D, Santiago.

# EL REY DE LA MONTAÑA DE DIAMANTES

Vivía en cierto país un rico comerciante que tenía dos hijos, un niño y una niña. Todas sus riquezas estaban en dos grandes navíos, que hacían la travesía de los mares, los cuales navíos esperaba ver llegar de un día a otro. Mas, sucedió que una mañana le vino la triste noticia de que sus barcos habían naufragado; y así, al rico comerciante no le quedó otra cosa de su fortuna que un pequeño terreno de su propiedad.

Paseaba un día cabizbajo por su terrenito, cuando súbitamente se le puso por delante un feo enano, que le habló de este modo:

—¿Por qué estás tan triste?  
—He perdido toda mi fortuna — replicóle el comerciante —; y todo lo que me resta es este campo.

—No te aflijas — añadióle el enano — Si dentro de doce años me traes lo primero que te salga al encuentro esta tarde al regresar a tu casa, te daré todo el oro que desees.

—No tengo ningún inconveniente — le respondió el comerciante, pensando que su perro, como de costumbre, saldría a la carretera a esperarle.

Pero no fué así. De vuelta al hogar, encontró a su hijo.

Transcurrió un mes y pensó el comerciante; "Aún no he recibido oro alguno. Creo que el enano se ha burlado de mí."

Peró ello fué que, subiendo una vez al desván a buscar algún trasto viejo para venderlo, encontró en un rincón un montón de oro y su júbilo fué grande al verse otra vez rico.

Mas los años corrían y su hijo se hacía un gallardo muchacho.

Esto entristecía profundamente a su padre, que recordaba su pacto con el enano, y no pudiendo ocultar por más tiempo su angustioso secreto, se lo comunicó a su hijo.

—No te importe, padre, tu promesa — le dijo, animándole —. No me dejaré separar de tu lado por el enano.

Llegó el día en que se cumplía el plazo, y ambos se encaminaron al campo a esperar al hombrecillo.

Así que éste hubo llegado, preguntó al comerciante:

—¿Me has traído lo prometido?

—No; — respondió el padre. Pero el hijo habló de esta suerte:

—¿Qué es lo que quieres?

—No he venido a hablar contigo, sino con tu padre, y quiero que me dé lo prometido — le contestó el enano.

Signifóse después una gran disputa, y al fin, convinieron que el joven bogaría solo en una barquita por el lago vecino.

Pensó el padre que su hijo moriría ahogado, y así volvió a su casa, solo y lleno de zozobra.

Pero la pequeña embarcación se alejó tranquilamente, desliziándose con suavidad en el agua, y acabó por detenerse al pie de un soberbio castillo, solitario y desierto, y que al decir de las gentes, estaba encantado. Saltó el muchacho fuera de la barca y se aventuró

por las galerías y estancias del castillo, hasta llegar a un salón donde había una serpiente blanca.

Era ésta una princesa encantada, la cual al ver al joven, díjole:

—Cs he esperado durante doce años. Ahora, escuchad. Esta noche os sorprenderán doce hombrecillos negros, arrastrando largas cadenas; esos nombrecillos os preguntarán quién sois y qué hacéis aquí. No les respondáis, aunque os golpeen y os hieran. Mañana a la noche seran doce más, y a la tercera noche vendrán veinticuatro más y os cortarán la cabeza. Pero a las doce de la misma noche acabará su mágico poder y yo volveré a mi ser primitivo.

Entonces os lavaré con el agua de la vida y estaréis sano y salvo.

Todo sucedió como la princesa encantada había predicho, y al llegar la tercera noche la serpiente blanca quedó transformada en una hermosa princesa que se casó con el hijo del comerciante, quien fué rey de la montaña de diamantes.

Por luengos años vivieron felices, y la reina tuvo un hijo.

El rey, que no olvidaba a su pobre padre, quiso volverlo a ver, mas su esposa procuró disuadirlo de su intento, diciéndole:

—Si vas a verle, nos sucederá algo espantoso.

Pero él no tuvo en cuenta este aviso, y entonces la reina, visiblemente conmovida, le dió un anillo mágico diciéndole:

—Póntelo en el dedo y con él alcanzarás cuanto desees; pero prométeme antes que no has de querer, al verte en casa de tu padre, que yo vaya a reunirme contigo.

Hízolo así el rey, y ajustando el anillo a su

dedo, deseó encontrarse en la ciudad en que vivía su padre. Mas, como los centinelas no le dejarían pasar por sus puertas al ver su extraño traje, se puso la vieja zamarra de un pastor, y así disfrazado llegó a su antigua casa. No le reconoció su padre, y le dijo:

—Tú no puedes ser mi hijo, pues murí hace mucho tiempo.

—Sí; yo soy vuestro hijo — replicóle el rey de la montaña de diamantes. — ¿No tengo en mi cuerpo ninguna señal por la cual me podrías reconocer?

—Sí; — dijo la madre — nuestro hijo tenía un lunar debajo del brazo derecho.

Mostró el rey la señal, y entonces los viejos reconocieron a su hijo.

Contóles éste sus extrañas aventuras, y como era rey, y estaba casado con una hermosa princesa, de quien tenía un gracioso niño de siete años.

Pero el comerciante no creyó que dijera verdad.

—Si es así — le preguntó —; ¿cómo, siendo rey, vales con esa sucia zamarra?

Irritó al joven la incredulidad de su padre de tal modo que deseó que su esposa y su hijo estuvieran allí y estos se presentaran inmediatamente. La reina, sumamente disgustada, le dijo que había quebrantado su promesa y que por ello serían desgraciados.



Ambos se encaminaron al campo a esperar al hombrecillo...

Cierta día en que el rey y la reina paseaban por aquellos lugares señaló el rey a su esposa el sitio en que estaba la barca que le había llevado al castillo, y como estaban muy cansados, se sentaron, quedando el rey dormido a los pocos momentos. Deseosa la reina de castigarle por haber faltado a su palabra, quitóle el anillo del dedo, y deseó estar con su hijo en su palacio.

Cuando el rey al despertar se encontró solo, y advirtió la falta del anillo, pensó con tristeza: "Ya no puedo volver más a casa de mi padre, pues me dirían allá que soy un brujo. Caminaré hasta que encuentre las fronteras de mi reino".

Púsose pues en camino, y no paró de andar hasta que llegó al pie de una montaña, donde tres gigantes estaban disputando sobre una herencia. Al verle pasar se dijeron: "Los hombres blancos tienen mucho ingenio; veréis cómo este compone nuestras diferencias".

Consistía la herencia en una espada que cortaba la cabeza de cualquiera, con sólo decir su dueño: "Abajo la cabeza!", un manto que hacía invisible al que se lo pusiese o le daba el aspecto deseado, y un par de botas misteriosas que, una vez calzadas, transportaban al que las tenía puestas al sitio que desease.

Después de escuchar el rey a los gigantes, les respondió:

—Antes de fallar, debo probar la eficacia de estas tres cosas admirables.

Diéronle la capa, y el rey, deseando volverse mosca, en un abrir y cerrar de ojos, quedóse convertido en dicho insecto.

—La capa está bien — les dijo; — dadme la espada.

—Sí; pero con la promesa formal de que no dirás: "¡Cabezas abajo!", pues si tal dices, somos hombres muertos.

Así, pues, probó el rey la virtud de la espada en el tronco de un árbol.

Dijoles después el rey:

—Alargadme las botas para hacer la última prueba.

Cuando tuvo el rey en su poder las tres maravillas, deseó hallarse en la montaña de diamantes, e inmediatamente las botas le transportaron a dicho lugar.

Al acercarse el rey a palacio, oyó una alegre música, y algunas gentes le dijeron que su reina se iba a casar con otro príncipe.

Indignése terriblemente el rey ante tal noticia, y embozándose en su capa maravillosa entró en el palacio.

Celebrábase en él un espléndido festín. Sentóse el rey al lado de la reina, y cuando ésta iba a llevar a sus labios la copa o cualquier manjar, el rey se lo quitaba de las manos.

Aterrada, levantóse la reina de la mesa, y fué a su cámara, seguida por el rey, quien, merced a la virtud de la capa, se había hecho invisible.

—¡Ay de mí! — exclamó la reina creyéndose sola. — ¡Aún soy víctima de algún encantamiento!

Quitóse el rey el manto mágico, y le dijo:

—Yo te he salvado la vida, y tú me has engañado. ¿Este es el pago que merezco?

Dicho esto, encaminóse al lugar del festín, e invitó a los convidados a que se retirasen, pues la boda no se celebraría, puesto que él era el verdadero rey.

Riéronse los comensales de tales palabras, e intentaron arrojarle de allí; mas, desenvainando él la espada, pronunció las palabras misteriosas, y las cabezas de todos los convidados rodaron por el suelo.

De esta manera volvió a ser el rey de la montaña de diamantes y vivió feliz con su esposa e hijos por largo tiempo.

## VALIOSO OBSEQUIO QUE "DON FAUSTO" HARA A SUS LECTORES



El hermoso break que ustedes ven en esta fotografía fué mandado construir por "Don Fausto" especialmente para sus pequeños amigos. Caben en él, cómodamente instalados, ocho niños, y por su solidez, elegancia y confort, es la última palabra en el arte de la carrocería. Gulliver, de regreso de su famoso viaje al país de los enanos, no habría traído un presente mejor. Pues bien, este lindo cocheito se sorteará entre los lectores de "Don Fausto", los cuales tendrán derecho a un cupón del Sorteo, por cada cuatro números de la Revista. Estos cupones se canjearán, en Santiago, en nuestras oficinas, Teatinos, 666, y en provincias, en las respectivas Agencias de la Empresa Zig-Zag. El canje para este gran sorteo que se efectuará el 25 de diciembre del presente año, comenzará el 24 de setiembre próximo. ¿Quién irá a ser el niño feliz? ¡A tentar suerte, lectores!...

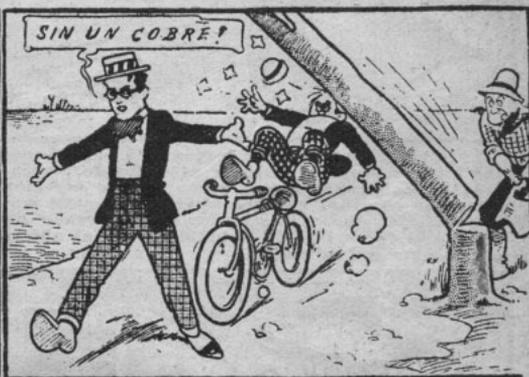
# HAROLD LLOYD

EN

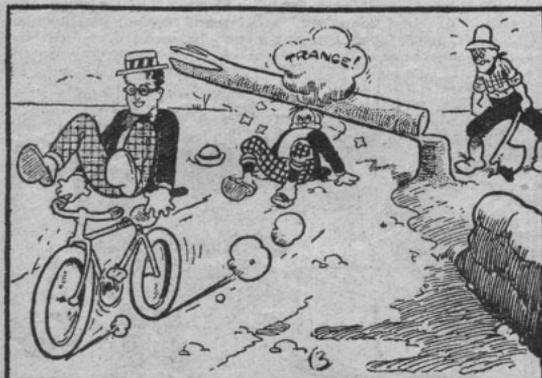
## DOS PAJAROS DE UN TIRO



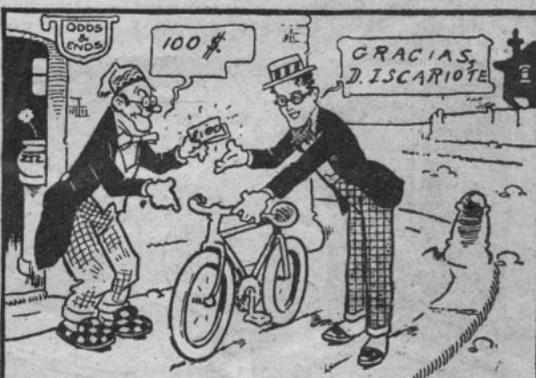
1. Aquel día, Harold había amanecido sin ni un centavo y como desgraciadamente no gozaba de crédito entre los banqueros, su situación no dejaba de preocuparle su poco. "¡Y ni siquiera una miserable aventura de la cual poder sacar partido!", pensaba Harold. En esos momentos, un ciclista lo divisó en medio de su camino, y decidió jugarle una mala partida, atropellándolo.



2. Pero como las perversas intenciones son siempre castigadas, tocó la casualidad que en el preciso instante en que con su último hachazo el leñador terminaba su obra, pasó por ahí el ciclista, sobre cuyo mate buscó el pesado tronco amortiguar la caída. Y entonces ¡uy! ¡uy! ¡uy! ¡Ay! ¡ay! ¡ay!... Al desdichado personaje le fué dado el poco común espectáculo de ver en pleno día las infinitas estrellas y constelaciones de la Vía Láctea!...



3. Mientras tanto, la bicicleta, siguiendo su impulso, alcanzó a Harold, haciéndole, con la violencia del choque, saltar por los aires. Pero el simpático bufo es el mimado de la suerte, y como tal, en seguida aterrizó blandamente en el asiento de la bicicleta. "Bueno" — se dijo Harold — "no comienza el día tan mal. Ahora vamos a vender este adminículo".



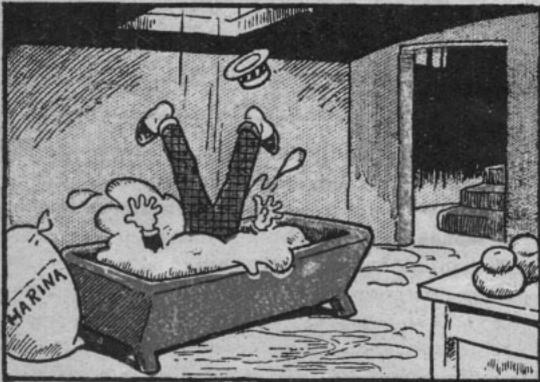
4. Y fuése derecho al bolliche de un viejo cambalachero, conocido suyo, el cual, viendo en la adquisición de la bicicleta un excelente negocio, se la compró en el acto a Harold, en 100 pesos. — "Gracias, don Iscariote" — saludó Harold, despidiéndose. "Ahora, — pensó — podré ir esta noche al Balle de Máscaras".



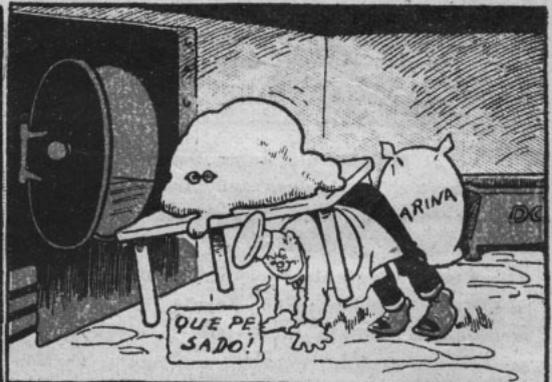
5. Harold detúvose un instante a reflexionar qué traje adoptaría para ir al baile de distrazados y ganarse los cien pesos que se ofrecían a la más original caracterización. En esos momentos, dió vuelta la esquina el aporreado ciclista y al ver a Harold detenido junto al abier-to tragaluz del sótano de una panadería...



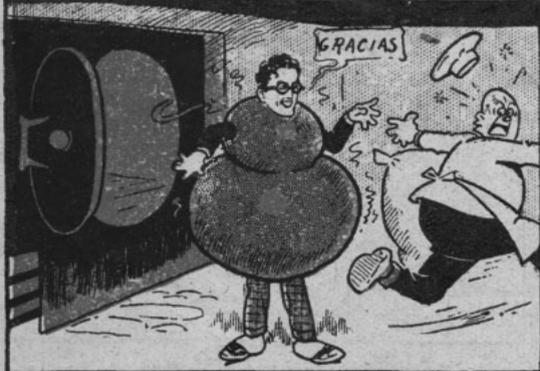
6. ...llevado de su terrible enojo, penso al punto en tomar venganza arrojándolo de un formidable empellón a la profundidad del subterráneo. El pobre Harold se despeñó en el insondable boquerón...



7. ...y vino a dar de cabeza dentro de una baten llena de masa que estaba esperando el momento propio de ser introducida al horno. Harold quedó completamente perdido en el interior de la latiguda mezcla y sólo el negro círculo...



8.— ...de sus anteojos era lo único visible de su persona. Luego llegó el panadero, y encontrando la masa mucho más pesada que de ordinario, valióse para echarla al horno de todo el impulso de sus poderosos pulmones. —¡Ah, ah! ¡qué hornada voy a sacar!, se decía.



9. Pero no fue pequeño el susto del honrado industrial cuando vió que en el interior del horno la masa adquiría vida y poco a poco desarrollaba miembros, primero una mano, luego un pie, por último la cabeza de un hombre emergía de la mezcla, como la cabeza de una tortuga de su caparazón. El infeliz creyó volverse loco al contemplar tan extraña metamorfosis de su pan y...



10. ...huyó, erizados los pocos pelos de su calva, dando espantosos gritos de auxilio, sin oír siquiera los agradecimientos de Harold, quien hacía poco después, con su curiosa envoltura de horneada masa, una triunfal entrada al Baile de Máscaras, cuyo jurado ratificó el aclamador fallo del público, concediéndole por unanimidad los \$ 100 ofrecidos al mejor y más original disfraz.



Una explicación... geográfica.

El maestro.—¿En qué se funda la creencia de que donde está hoy el desierto de Sahara ha habido en otro tiempo un lago?

El alumno.—En que los negros que viven alrededor van todavía en traje de baño.



Su Alteza Real el Principe Isidoro, antes de partir para la guerra, saluda a su querida esposa. ¿La veis?

LO QUE LOS CHICOS Y TAMBIEN LOS GRANDES CONVIENE QUE NO IGNOREN

El verdadero padre del telégrafo es el físico inglés Carlos Wheatstone, que en 1873 inventó un aparato relevador de corriente en una línea de longitud considerable. Perfeccionaron su procedimiento el inglés Cooke y el alemán Steinhil.

El primer aparato práctico por excelencia de telegrafía eléctrica, se debe a Samuel Finlay Breese Morse, que dió a conocer su invento en 1840. Sin embargo, un americano, Jackson, protestó hasta el último instante de su muerte de que era él el verdadero descubridor del aparato cuya exclusividad de invención se atribuía a Morse.

EN UN EXAMÉN

El profesor.—¿Por qué el cerdo lleva la cabeza baja continuamente?

El discípulo, sin vacilar:

—Porque se avergüenza de que sus padres sean unos cochinos.

El maestro ha dado a sus discípulos algunas nociones sobre la clasificación de los animales en familia, género, especie, etc.

—Tonino — preguntan a un alumno que hace honor a su nombre, — ¿a qué familia pertenece el perro? Vamos a ver.

Tonino reflexiona un momento y exclama, satisfecho:

—Pertenece... a la familia que lo ha comprado.

CONCURSO DE CUENTOS

DON FAUSTO tiene el agrado de anunciar el siguiente concurso de cuentos. Cada uno de sus lectores puede enviar el cuento que desee, encuadrado su tema, naturalmente, dentro del marco que señala el carácter de la revista. La Dirección los leerá y seleccionará con el mayor cuidado, y destinará semanalmente una página al mejor cuento, el cual será premiado con diez pesos. Los originales deberán tener como máximo 900 palabras y deberán llevar al pie la firma de su autor, con indicación clara de su residencia, calle, número o casilla, ciudad o pueblo, y el nombre del establecimiento de enseñanza al cual pertenezca. Es entendido que también se publicarán, cuando

el espacio lo permita, aquellas colaboraciones que, no reuniendo el suficiente mérito para figurar en las páginas de nuestro Concurso, merezcan, sin embargo, la acogida de la Dirección. Pero estas últimas no tendrán derecho a premio alguno.

Los favorecidos con los premios que dejamos anunciados, que residan en la capital, podrán pasar a recoger su valor a la Empresa "Zig-Zag", Teatinos, 666, los días viernes de cada semana. Los que residan en provincias recibirán el valor de sus premios por giro postal.

Nota.—Si una semana hubiere varios cuentos que reunieran igual mérito, se sorteará el premio entre sus autores.

CHAPLIN presentará a sus amigos de "DON PABLO" algunos personajes dignos de la pantalla.



Don PEDRO PABLO

Sus méritos nadie calla,  
y hoy esta serie él estrena,  
pues por su "chile" y melena  
bien merece la pantalla...